

los que iban á Emaus: *¿De qué hablabais, y qué es lo que os hace estar tan tristes? ... ¿Qué es lo que os ha pasado en Jerusalem?* ¡Ignoraba, por ventura, el Salvador ninguna cosa de las que preguntaba? No, por cierto: lo mismo, pues, sucedió con María en La Saleta. Los Apóstoles también hablaron muchas veces sabiendo lo contrario que hoy parece tener sus palabras. A los de Efeso les dice San Pablo (Ephes., 4, 30): *Tened cuidado de no contristar al Espíritu Santo*; y San Pablo ya sabía que el Espíritu Santo no puede realmente entristecerse. Por último, el mismo Jesucristo (Apoc.; 3, 16) dice desde lo alto del cielo al alma tibia *que se subleva el estómago hasta hacerle vomitar*. Todas estas maneras de hablar no son mas que la espresion del hombre tal como es aquí abajo, y que de ninguna manera pueden turbar la beatitud sobrenatural.

La Virgen, pues, habló en La Saleta á los pastorcitos de un modo sencillo, cual si ella también fuera una persona mortal que observa no le entienden aquellos á quienes habla, y procura hacerlo de otro modo, cambiando de lenguaje, de espresiones, y de lo necesario al fin á que se marcha.

Siendo, pues, las objeciones que dejamos copiadas las principales hechas por los críticos a lo dicho por la Virgen Santísima para negar el milagro de la aparicion, volveremos ahora á seguir el hilo de los hechos y de las pruebas de su realidad, pues apenas podrá señalarse uno que haya sufrido tantas diligencias rigurosas, multiplicadas y superiores en teson y en número, á todas las que se hacen para la canonizacion de los Santos y apariciones de la Reina de los Angeles.

III.

PRUDENCIA DEL DIOSCESANO, DILIGENCIAS EN DESCUBRIMIENTO DE LA VERDAD, Y ANIVERSARIO DE LA APARICION.

Apenas el cura de La Saleta oyó el Domingo 20 de Setiembre de 1846, antes de ir á la Iglesia, la noticia de lo que hablaban los niños, llamó á estos, y le refirieron todo lo que dejamos dicho al principio. Oyó también á los vecinos Selma y Pra, en cuyas casas servian, y enterados estos de lo que aquellos habian referido al párroco, encontraron que no variaba en nada de lo que á ellos les habian contado en la noche anterior, luego que volvieron del monte con las vacas.

Aquel venerable sacerdote fué á la Iglesia, y conmovido tiernamente del suceso, habló de él á sus feligreses entre sollozos que ahogaban su voz. No se habló en todo el dia de otra cosa en el pueblo, pero con tal calor, que muchos vecinos marcharon con los dos niños al sitio de la aparicion; y si bien nada descubrieron que llamase su atencion, observaron con asombro que la fuente, que estaba seca todos los veranos, y que tambien lo estaba en el dia anterior, manaba entónces un raudal abundantísimo. Al regresar los vecinos contando este prodigio, el alcalde del pueblo llamó á los dos niños, los puso en cuartos separados, examinó primero al uno y despues al otro; ambos dijeron una misma cosa, y lo que dijeron estaba literalmente acorde con lo que habian dicho á sus amos, al pár-

roco y á los vecinos. Mas adelante se verá la declaracion del alcalde.

Maximino fué restituído á la casa de sus padres el dia 21, y como la noticia de la aparicion se estendió en aquellos dias de un modo pasmoso, empezaron á ir algunas personas de todo el departamento en peregrinacion al paraje del suceso; mas como allí no habia nada, el cura de La Saleta puso una cruz en donde estuvo sentada la Virgen y otra en el sitio de donde se elevó al cielo; poco despues añadió otras cruces entre aquellas dos, y dejó establecidas así las catorce estaciones del Calvario, para que los peregrinos hiciesen este piadoso ejercicio en aquel monte santificado por la escelsa Madre del Redentor.

El Revdo. Obispo que á la sazón habia en Grenoble, á cuya diócesis pertenecen el pueblo y monte de La Saleta, era uno de los Prelados mas respetables, sabios y experimentados de Francia, y obró en el asunto con la mas esquisita precaucion. La opinion pública estaba conmovida desde el origen del suceso, y un considerable número de párrocos le consultaron la conducta que deberian observar en el particular. A todos respondió, y lo mismo á los que no le preguntaron, dando una pastoral á los veintiun dias de la aparicion, mandándoles que cumpliesen las instrucciones del año de 1829, prohibitivas de publicacion de nuevos milagros, mientras él ó la autoridad del Soberano Pontífice no lo declarase, y les encargó que entre tanto guardasen la mayor reserva sobre el acontecimiento de La Saleta, muy particularmente en el púlpito.

No obstante esto, el mismo diocesano empezó á recoger cuidadosamente todo lo que tenia relacion con el hecho: recibia cartas numerosas y relaciones circunstanciadas del suceso; escuchaba las que verbalmente se le hacian por peregrinos de dentro y fuera de su obispado, y por personas que habian sido curadas de sus enfermedades con el uso del agua de la citada fuente: hizo ademas visitar el paraje de la aparicion, y que se hiciesen nuevos interrogatorios á los niños, no solo por los señores párrocos de Corps y

de La Saleta, sino tambien por otros de diversos cantones. Ademas mandó á dos eclesiásticos respetables de la capital de la diócesis que marchasen en comision, y al regreso le diesen cuenta verbal y por escrito de las impresiones y diligencias que trajesen de aquellos parajes y personas, esplorándolas cuidadosamente.

A los tres meses tenia ya el venerable Prelado en sus manos un voluminoso expediente con documentos de la mayor importancia; nombró entonces dos comisiones, la una compuesta de canónigos de su catedral, y la otra de catedráticos del gran seminario; hizo sacar para la una copias de todos los documentos, y mandó que cada una le diera cuenta en relacion escrita por separado, sin comunicarse la una comision con la otra. Ambas le presentaron su respectiva Memoria, y se hallaron enteramente idénticas. En las dos resultaron probados hasta la evidencia el hecho de la aparicion, el prodigio de la fuente, y la constancia y uniformidad de los niños en todo lo que venian diciendo desde el dia del milagro á las infinitas personas que les habian interrogado.

Examinado todo por el diocesano, y haciéndose superior á lo que le aconsejaba la ansiedad general, dejó pasar siete meses mas, sin hacer declaracion ninguna y sin levantar á su clero la prohibicion que le habia impuesto de hablar del suceso. Durante este período recibió nuevos documentos, interrogó por sí mismo á las personas mas graves y competentes de las que habian estado en La Saleta, y oyó á los amos de los niños, á los párrocos de allí y de Corps, al alcalde y á otros muchos de los que oyeron hablar á los niños la primera vez que refirieron el acontecimiento, y en las posteriores que volvieron á contarle en muchos parajes. A los diez meses, contados desde el dia de la aparicion, este prudente diocesano dió un mandato acordando que el presbítero *Rousselot*, catedrático de teologia y vicario general honorario, y el Sr. *Orcel*, superior del gran Seminario, en calidad de comisarios delegados, recibiesen una informacion, recogiendo en ella todas las noticias relativas

al grande acontecimiento y á los hechos que lo siguieron: les encargó además que, para el mejor desempeño de su cometido, asociasen á sí los sacerdotes y seglares cuya presencia considerasen útil para el descubrimiento de la verdad. Debían además pedir de una manera particular é imparcial el dictámen de los médicos que hubiesen asistido á los enfermos cuyas curaciones se atribuían á la invocacion de Nuestra Señora de La Saleta y al uso de la agua de la fuente que estuvo seca.

Los dos comisionados recorrieron nueve obispados del Mediodía de la Francia, visitaron la montaña, interrogaron muchas veces á los niños, á muchas personas y á gran número de habitantes de los pueblos de Corps y de La Saleta, á la superiora del convento en que aquellos estaban ya educándose, y á varios médicos. Reunieron además declaraciones oficiales, y escribieron para el diocesano una Memoria, en la cual aparecía nuevamente probado cuanto resultó en las anteriores de otros comisionados. De ella hablaremos despues con mas estension, pues ahora seguimos el órden de las escrupulosas diligencias practicadas en descubrimiento de la verdad, y daremos aquí cabida á tres acontecimientos notables y públicos que ocurrieron antes que aquellos delegados desempeñasen su mision, no obstante que tambien hacen mencion de ellos en su Memoria.

1º El Sr. Sagier, cura párroco de San Pedro, en el distrito de Pont-en-Royans, era natural de la villa de Corps, y fué á ella á pasar quince dias con su familia: e a el mes de Febrero de 1847, cinco meses despues de la aparicion, y como fué incrédulo, se empeñó decididamente en no dar crédito mas que á lo que él mismo descubriese y le sugiriera su criterio imparcial. Como en la citada villa estaba el establecimiento en que se educaban los dos niños, todos los dias los veia, les interrogaba, unas veces separados, otras reunidos, y por término de sus ensayos y diligencias, escribió una Memoria de cuarenta páginas, confesándose el mas fervoroso creyente del milagro de la aparicion. En esa Memoria se vió tambien que la narra-

cion hecha por los niños á este sacerdote, no discrepaba en nada de la que venian haciendo desde el 19 de Setiembre del año anterior.

2º En Julio de 1847, á los diez meses de la aparicion, el Revd. Obispo de la Rochelle hizo un viaje de doscientas leguas para examinar por sí mismo el hecho, tomando cuantos conocimientos le fueran posibles. A su regreso escribió al de Grenoble diciéndole: *He vuelto de La Saleta con una conviccion que difiere poco de la evidencia;* pero no creyendo que esto era bastante, publicó luego un folleto, que se ha traducido en diversas lenguas. En él refiere todos los detalles del viaje, del carácter y narraciones de los niños que describimos en otro lugar, y concluye diciendo:

“Tan convencido estaba yo de la aparicion antes de mi viaje á las montañas como lo he quedado despues, porque antes de mi corteja parecíame que nada faltaba á las pruebas que demostraban la verdad del hecho; y esto esplica la resolucion que habia yo tomado de hablar de él abiertamente.

“Pero la visita que he hecho á aquellos sitios, las conversaciones que he tenido con los dos pastorcitos, la certidumbre personal que he adquirido de los milagrosos resultados que han seguido á esta suceso extraordinario, dan hoy á mis palabras otra fuerza.

“Apenas de regreso llegué á Leon, me asaltó una multitud de curiosos que deseaban les diese cuenta de mis impresiones. El dia no era bastante largo para satisfacer á los deseos de todos. En el interior de las familias, en el de las comunidades en las capillas privadas, en todas partes, se me pedia que hiciese de nuevo la relacion, cien veces repetida. Y ¡por qué no habia de prestarme á ello de buen grado?

“No es mi intencion pronunciar una sentencia, pero nadie podrá tildarme si adopto esta espresion del Rey Profeta: *He creído, y por esto he hablado.* Me he cerciorado por mí mismo de la mayor parte de las cosas que he contado. ¡Gloria á Dios! ¡Sea su nombre por siempre bendito y santificado! Honor y gratitud á la Virgen Purísima! ¡Sean oidos sus maternales avisos!”

3º Llegó el 19 de Setiembre de 1847, día en que se cumplía el primer año de la aparición, y ya para entonces habían tenido lugar muchas peregrinaciones á la fuente y muchas curaciones prodigiosas con el uso de su agua, y el número iba en aumento. Este primer aniversario dió lugar á un espectáculo el mas extraordinario y grandioso, á la vez que tierno, y demostrativo de la convicción general.

Aun no habia en la llanura de la montaña ningun edificio, ni mas objetos materiales que las catorce cruces que se habian puesto en un principio para que los peregrinos hicieran el piadoso ejercicio del camino del Calvario. Se creyó que en ese dia seria la concurrencia mas numerosa que de ordinario, y como era Domingo, el Revdo. Obispo de Grenoble, que continuaba en su silencio hasta que, precedidas las pruebas que iba reuniendo, pudiera pronunciar canónicamente el suceso, permitió, para que las gentes no se quedasen sin misa, que se pusieran dos altares cubiertos con toldos. No se habia empleado medio ninguno para atraer la multitud; el clero permanecia en la reserva impuesta por el diocesano; y esta circunstancia, este silencio tan absoluto y general de los párrocos, sobre un hecho que podria haberse ya anunciado en todos los púlpitos, era mas bien un motivo de retraccion que de estímulo para ir al monte memorable.

Pues bien: de cincuenta á sesenta mil personas de toda edad, sexo y condicion, entre ellas doscientos cincuenta sacerdotes, se reunieron en aquella llanura y montes, viniendo espontáneamente de muchos puntos de Francia y del extranjero. Véase lo que hicieron.

A las ocho de la noche del dia 18 empezó á llover, y no cesó hasta las diez de la mañana siguiente, causa por la que mas de mil y quinientas personas que llegaron á la llanura antes de las doce de la noche, y otras muchas posteriores, la pasaron en campo raso, recibiendo la lluvia con los mayores sentimientos de piedad.

A la una de la noche, la cabeza de la procesion, iluminada con hachas y multitud de velas, empezó á subir del

pueblo de La Saleta á la montaña santa, á ese templo cuya bóveda era el cielo, mientras que los extremos de la misma procesion se estendian á tres y cuatro leguas por los caminos de Corps, Gap y Grenoble, y de hora en hora llegaban á la montaña, unas tras otras, masas de cuatro á cinco mil peregrinos. Se dijeron en los dos altares de treinta á cuarenta misas, y no hubo ni el mas ligero desórden, disputa ni motivo de disgusto en tan inmensa reunion; de modo que cuatro gendarmes que la autoridad civil mandó á la localidad, no se ocuparon de otra cosa que de abrir paso para los altares á las personas que iban á recibir la Sagrada Comunion, y á otras que se dirigian á beber á la milagrosa fuente.

No se oian mas voces que los cánticos piadosos que resonaban en toda la montaña, y habiéndose disipado á las diez de la mañana las espesas nubes que oscurecian el monte, salió el sol y facilitó la vista de aquella escena admirable, así como las nuevas masas de peregrinos que iban llegando por la falda de la montaña.

Dos coros de quince mil voces entonaron el *Magnificat*, y un sacerdote exclamó: *Hermanos míos, roguemos á Dios por la Francia pecadora*; y apoderándose de todos los corazones una emocion universal, miles de oraciones ardientes, mezcladas de lágrimas, subieron al cielo como el mas puro incienso. María, la compasiva María habia convocado allí su pueblo por las bocas de sus jóvenes apóstoles, los pastorcitos: allí estaban también, perdidos entre la multitud, estos dos niños que hacia un año fueran las únicas personas que estuvieron solas con la Virgen Santísima en esta llanura, ocupada hoy por sesenta mil.

Preguntemos ahora: esas masas de gente de todo sexo y edad, de muchas provincias y naciones, ¿podian ser por ventura, el juguete de un engaño, de una ilusion ó de combinaciones humanas? Y en esa multitud compacta, ¿no habia mas que ignorantes, gentes groseras y supersticiosas? ¿No se distinguian mas de doscientos cincuenta sacerdo-

tes, miles de seglares instruidos, y miles y miles de hombres de diversas procedencias, pero impulsados todos por una convicción profunda y bien meditada? Un sacerdote que hacia parte del inmenso concurso, no pudo prescindir de elevar la voz en medio de la multitud, esclamando: *Si la Virgen Santísima no ha aparecido en esta montaña, está obligada á mostrarse hoy: si no se muestra, es porque ya apareció.* Todos los que oyeron la exclamacion gritaron: *Si, sí; cierto es que apareció.*

El milagro de La Saleta resonó desde su origen hasta en las altas regiones del poder temporal. Advertido este por la voz pública: recibió informaciones secretas; hizo interrogar á los niños; mandó agentes á Corps, á La Saleta, á la montaña y á Grenoble; procuró contener, trastornar y, cuando menos, atenuar la verdad del hecho, y algunos periodistas, siempre hostiles á la Religion, señalaron el acontecimiento de La Saleta como un atentado contra el órden público: lo anunciaron de antemano como un crimen que debian vengar los tribunales: lo pintaron como un engaño, sacrilego de parte del clero, digno del mayor castigo. Y bien: ¿qué es lo que ha resultado de todo este ruido, de tantas maquinaciones? La autoridad ha guardado silencio: sus agentes subalternos cesaron sus persecuciones: los diarios religiosos apagaron los fuegos de todas las baterias enemigas: la espantosa fantasmagoría desapareció, y la verdad del milagro permanece triunfante de todo. Bien podemos, pues, decir: *El dedo de Dios está aquí.*

NUEVAS DILIGENCIAS EN DESCUBRIMIENTO DE LA VERDAD,
CARÁCTER DE LOS NIÑOS Y CUESTION DE SI PUDERON
ENGAÑAR Ó SER ENGAÑADOS.

Todo lo referido en el capitulo precedente tuvo lugar antes que los Sres. Rousselot y Orcel terminasen la comision que en calidad de delegados suyos les habia dado el diocesano de Grenoble. Concluida que fué, le entregaron una Memoria comprensiva de sus trabajos y en seguida aquel Príncipe de la Iglesia (6 de Noviembre de 1847) nombró una respetable junta, compuesta de ocho canónigos, dos vicarios generales, el rector del gran Seminario y cinco párrocos de Grenoble, para que examinasen, en conferencias formales, todos los antecedentes reunidos, todo lo actuado oficialmente, y le manifestaran su opinion para que pudiera decidirse ó no á la declaracion canónica del suceso. Desde el 8 al 15 del citado mes de Noviembre, y el 6 y 13 de Diciembre, esta junta celebró ocho sesiones, y siendo en ellas relatores los Sres. Rousselot y Orcel, dieron cuenta de todo en la forma que vamos á demostrar, en cuyos hechos vuelve á verse cada vez mas el dedo de Dios, particularmente en la constancia y uniformidad de los niños, no menos que en sus admirables contestaciones.